

VIII.

El manuscrito.

(continuacion.)

La vida que hacíamos en Viena mi tía y yo se parecía á la que hacíamos en Burges.

Habíamos tomado una francesa para servirnos; una anciana esposa del criado de un agregado de la embajada, y que habia fallecido en Viena, dejando á su viuda con escasos recursos.

Interin hubo en Austria embajada francesa, el antiguo amo del marido de Teresa la habia socorrido; pero cuando pidió sus pasaportes y partió, quedó Teresa reducida á asistir en las casas de sus compatriotas, los nobles emigrados.

Desde la muerte de mi padre habia caido mi tía en una especie de *spleen*, no ocupándose de nada y ménos de mis amores.

Estaba libre, tenia mi cuarto independiente y podia ocuparme si lo desaba en escribirte.

Durante los primeros meses de nuestra llegada te escribia todas las semanas; pero mi tristeza era profunda al ver que no me contestabas, aunque en mis cartas te rogase por las dulces horas de nuestro amor que me contestaras y no podia comprender que no recibieras mis cartas, puesto que yo misma las ponía en el correo, y que no me ocurría pudieran interceptarlas.

A los tres meses de estancia en Viena tuve un dolor profundo: mi pobre Escipion sucumbia poco á poco efecto de vejez.

Era, además de tí, el único sér que me amaba realmente.

Y él, que te habia dejado voluntariamente para seguirme cuando el marqués me habia arrancado de tu lado; él, que me habia segui-

do al destierro, no me amaba más que tú, cuyo silencio, entonces incomprensible, me hacia creer me hubieras olvidado.

Si tu silencio provenia del orgullo herido, lo hubiera comprendido interin vivia el marqués; pero habiendo muerto no tenias ya motivo para no escribirme.

Además, ¿no sabia yo por el ayudante de Custine que me amabas siempre?

¿No lloré de júbilo cuando me contaron los transportes y la alegría que habias sentido al leer mi carta?

Reflexioné que sin duda mi cerebro no estaba completamente desarrollado, y que sin duda te habia faltado el tiempo para concluir tu obra, mi creacion, y que sin duda de aquel resto incompleto provenia la turbacion en la cual me perdia.

Escipion no me dejaba un momento.

Podia decirse que la inmensidad de su cariño por mí la inspiraba la revelacion de su muerte próxima.

Yo, viéndole debilitarse de dia en dia, le miraba tristemente.

Escipion era el catálogo de toda mi vida; antes que nadie me habia amado. Cuando era yo un sér informe, me prestaba calor.

Cuando era impotente para percibirlo moralmente, le percibia físicamente.

Cuando se aclaró mi vista fué el primer sér que ví, y cuando poco á poco adquirí movimiento fué el primer medio que encontré para caminar. A los recuerdos tuyos se encuentra mezclado él, y fué por él por quien llegué hasta tí.

Desde que estoy separada de tí, mi amado Jacobo, hablo de tí con él, y hoy, que la muerte se acerca, que apenas su vista turbada puede verme, si le hablo de tí, si le pregunto en dónde está nuestro amado dueño, me comprende de quién se trata y con dulces quejas responde á tu nombre, y parece que me dice:

—No sé en dónde está, me sucede como á tí; pero ya ves que como tú lloro.

Aquí están prohibidos los periódicos franceses; pero como, gracias á tí, el aleman me es tan familiar como el idioma materno, leo los periódicos alemanes.

He leído tu voto para sentenciar á ese desgraciado rey, del que jamás habíamos hablado nosotros, del que no nos habíamos ocupado apenas y de quien casi ignoraba la existencia.

Cuando fueron en nombre de la patria á buscarte para luchar contra su espirante poder, no has querido votar la muerte, corazón misericordioso, y te has expuesto á las murmuraciones y tal vez á la venganza de toda la Asamblea, no por ser fiel á tu fé, porque conozco tus ideas, pero sí á la humanidad.

No tienes una idea de las ilusiones que aquí se forman. Todos los emigrados pasan por aquí, y entre esa inmensa multitud vemos muchos que hablan de su regreso á Francia como de un asunto seguro y próximo.

Segun ellos, la muerte del rey, lejos de ser perjudicial para la emigracion, es, al contrario, favorable para los emigrados. Si cae la cabeza del rey, Europa entera se levantará, y me parece imposible que Francia resista á Europa; por más que yo desee volver á Francia, porque ese regreso me acerca á tí, no quisiera fuera por ese medio, porque me parece una impiedad.

Es inútil decirte que mi tia se cuenta en el número de los que desean volver de ese modo á su patria.

Si no estuviera tan triste, amado mio, mi Jacobo, me causaria risa el asombro de mi tia, su admiracion por las sucesivas pruebas, por las inesperadas muestras de la educacion que me has dado.

En primer lugar, cuando llegamos á Alemania era grande su inquietud al considerar cómo se haria comprender, y su sorpresa no tuvo límites al verme hablar correctamente el aleman con los postillones y fondistas.

Primera admiracion.

Hace ocho ó diez dias fuimos á visitar los invernaderos del palacio, los que son muy hermosos: el jardinero por una casualidad es francés, y reconociendo éramos unos compatriotas, quiso hacerme los honores de sus dominios.

A las primeras palabras que cambiamos conoció que no era extraña á la botánica. Entonces me hizo ver las plantas más curio-

sas: las habia magníficas, é imitando á los insectos, á las mariposas, á los pájaros y á los cascós.

Después, viendo mi curiosidad por los misterios de la naturaleza, me enseñó su coleccion de semillas, las que el pobre hombre no sabia formar artificialmente, quitándole á la flor sus estambres antes de ser fecundada y poner en el pistilo el pólen de otra clase.

Se quejaba de que, aunque fecundas, degeneraban ó volvian á su sér materno: le indiqué el medio de evitarlo, redoblando en cada generacion el pólen paterno.

El jardinero me escuchaba contentísimo, y como si yo fuera Kael-renter.

Mi tia, amado mio, estaba tan admirada como él, pues ha llegado á la edad de sesenta y nueve años sin saber distinguir una anemona de una tuberosa; así es que me miraba estupefacta.

Pero su asombro creció de punto cuando ayer, hablando de mi pobre Escipion, que morirá mañana, me puse á discutir con el confesor de mi tia, anciano sacerdote francés no juramentado, sobre el alma de los hombres y de los animales, y cuando le dije que el orgullo humano era el que habia convertido en alma la inteligencia, perfeccionada en el cerebro racional más que en el animal, gracias á la cantidad mayor de materias cerebrales y que el animal tenia su alma en armonía con la inteligencia.

En vano traté de hacerles comprender que la naturaleza no era otra cosa en su eterna palpitacion que la cadena natural de los seres; que la sávia del árbol era la sangre del hombre, y que la planta más pequeña tenia vida y sentimiento, que iba creciendo de grado en grado en el molusco, en el insecto, en el reptil, en el pescado, en el mamífero, y por último, en el hombre.

El sacerdote me tachó de panteista, y mi tia, que no sabia lo que era panteismo ni tal vez jamás habia oido hablar de ello, declaró que era atea.

¿Por qué, mi querido maestro, por qué, mi Jacobo muy amado, nosotros, que vemos á Dios en todas las cosas, en el universo, en el firmamento, en el Océano, que no puede abarcar nuestra mirada; en el álamo, que hace inclinar el viento; en la flor, que se abre al

sol; en la gota de rocío, que salpica la aurora; en lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, en lo invisible, en lo visible, en el tiempo, en la eternidad, por qué, repito, nos acusan de ateos, es decir, de no creer en ese Dios, á quien adoramos en todo y sobre todo?

Mi pobre Escipion murió esta mañana. Algun día le seguiremos y sabremos ese gran secreto de la tumba que no será revelado jamás, puesto que la sublime interrogacion de Shakespeare no obtuvo contestacion.

Esta mañana, no viéndole entrar cuando abrí la puerta de mi habitacion, pensé desde luego ó que habia muerto, ó que estaba tan enfermo que no podia llegar hasta mí.

Fuí á su casilla.

Todavía vivia, pero tan débil que ya no podia andar.

Su vista estaba fija en la puerta por donde esperaba que yo entrase.

Al verme, sus ojos se animaron, lanzó un aullido de alegría, agitó la cola y salió un poco de la casilla.

Tomé un taburete y fuí á sentarme cerca de él, y viendo que hacia esfuerzos para incorporarse, le puse la cabeza sobre mis piés.

Era lo que deseaba el fiel animal.

Cuando se colocó fijó los ojos en mí, y de cuando en cuando separaba su mirada como para buscar otra persona, sin duda á tí; pero despues la volvía hácia mí.

Verdaderamente podria creerse injusto que se negara el alma á un animal tan fiel y que se le conceda al vil asesino, que, por una corta ó crecida cantidad, asesina á mujeres y niños; á los que por dos francos diarios degüellan á los presos en las puertas de las cárceles, en lugar de aquel que ha consagrado su vida al cariño y á la abnegacion; esto me parece, no solo poco razonable, sino absurdo.

¡Oh, amado de mi alma! El día en que leas estas líneas, si llegas á leerlas, y que te fijes en la fecha 23 de Enero de 1793, me encontrarás demasiado niña, porque estoy absorta contemplando un

perro moribundo en los momentos en que te encuentras frente al patíbulo de un rey y entre los escombros de un trono que se derrumba. Pero todo en la vida es relativo.

El amor que se profesa al rey, es decir, á un hombre al que no se ha visto jamás, al que nunca se ha dirigido la palabra, depende de la educacion y de una especie de union social, mientras que el afecto que profeso al pobre animal que agoniza, pensando en mí segun el grado de su inteligencia, es un sentimiento de igual á igual, suponiendo que Escipion no haya sido superior á mí durante algun tiempo.

Con respecto á ese trono que se derrumba, cae minado por ocho siglos de despotismo y por la palabra de los grandes filósofos, los génios sublimes de nuestra época, y sus ruinas, símbolo de odio y de venganza, tratan de arrastrar en pos de sí hácia el abismo todo lo que existe de más leal, patriótico y generoso.

Nuestro pobre Escipion ha muerto. Un postrer estremecimiento ha recorrido su cuerpo; se han cerrado sus ojos, ha lanzado un gemido débil y lastimero, y todo ha concluido para él.

¡Oh muerte! ¡Oh eternidad! ¿No es cierto que eres la misma para todos los seres creados, ó por lo ménos para aquellos cuyos corazones han latido por los que han sufrido y por los que han amado?

Escipion ha sido enterrado en el jardín, y sobre la piedra que le cubre he gravado una palabra sola: *Fidelidad*.

Al llegar á este párrafo Jacobo, se detuvo. Este hombre, que habia visto grandes acontecimientos con mirada serena, sintió agolparse las lágrimas á sus ojos.

La señal de una lágrima de Eva se veía en el manuscrito: una lágrima de Jacobo cayó cerca de ella.

Despues miró tristemente la cama en donde ella habia dormido, la silla en donde estuvo sentada, la mesa en donde comió, dió dos ó tres vueltas por el cuarto, volvió á sentarse en la butaca, tomó el manuscrito y continuó la lectura.

Pero existía una laguna entre la última fecha y la que estaba á la cabeza de la continuacion.

Era el dia 26 de Mayo de 1793.

Mañana salgo para Francia. Ese es el primer uso que hago de mi libertad. No creo correré ningun peligro, y si alguno corriera, le soportaré con valor, porque será por tí, mi Jacobo; por tí, bien mio.

Mi tia ha muerto ayer de una apoplejía fulminante: estaba jugando al whist con dos señoras y su confesor: la tocaba jugar, tenia las cartas en la mano y no jugaba.

—Jugad, la dijo su compañero.

Pero en lugar de jugar, dió un suspiro y se cayó hácia atrás en la butaca.

Estaba muerta.

¡Qué felicidad! ¡Lo más tarde el 4 de Junio estaré en tus brazos, porque no puedo creer que me hayas olvidado!

Tal vez te sorprenderá que no dedique una palabra de sentimiento á la pobre señora, que mañana será conducida al cementerio, á la última morada, habiendo empleado seis páginas en hablarte de la muerte y la agonía de un perro.

Pero preciso es confesar que soy hija de la naturaleza, que no derramo una lágrima sino por lo que realmente siento, y que no puedo tener pesar por la muerte de una parienta que solo conocí como mi carcelera.

Hé aquí el epitafio que compuse para ella, cuyo orgullo heráldico estaria satisfecho sin ninguna duda, si fuera posible lo leyera:

*«Aquí yace
la muy alta y poderosa señorita
Claudia Lorena Anastasia Luísa Adelaida de Charelet.
Canonesa y superiora de las damas agustinas
de Burges.*

*El viento de la revolucion la condujo á tierra extranjera,
en donde murió el 30 de Mayo de 1793.*

Rogad al Señor por su alma.»

Hasta la vista, amado mio; la primera vez que te diga *¡te amo!* será de viva voz.

—¡Oh, desgraciada niña! exclamó Jacobo Merey dejando caer el manuscrito: llegaria al dia siguiente del dia en que salí de París...

Pero como crecia el interés, volvió á recoger las hojas, y dando un suspiro volvió á empezar ávidamente la lectura.